

miración con que os oigo proponerme cosa semejante.

—Yo os lo ruego, D.^a Ana, — repuso la joven sin hacer atención á lo que la dama acababa de decir.

La viuda de Pacheco permaneció un instante en silencio como concentrada en si misma, y al fin dijo:

—Tenéis razón; vos me lo proponéis, debo aceptar. Quizás sólo vos podríais traerle ante mí.

Capítulo V

Relaciones oficiales

ENCONTRÁBASE D.^a Leonor de Togores, al menos hasta cierto punto, en aptitud de poder cumplir su ofrecimiento de presentar su antiguo amante á D.^a Ana de Pacheco.

Durante varios días la joven no había vuelto á verle.

D. Alvaro permaneció durante ellos asilado en San Francisco, ayudando á sus amigos, D. Luis y Gonzalo de Alva, en sus pesquisas para descubrir el paradero de la bella María y la no menos hermosa D.^a Beatriz.

Pero al fin, arriesgándose á todo, pues en él eran naturales el valor y la nobleza de sentimientos, en obsequio de sus amigos se decidió á salir de su retraimiento y presentarse á Salazar que, como sabemos, le había guardado siempre grandes consideraciones.

Salazar le recibió bastante bien, y aun le presentó sus excusas por haberle reducido á prisión, durante la fatal noche aquella, cuyos sucesos nos entretuvieron largamente en pasados capítulos.

D. Alonso interrogó al gobernador acerca de la suerte que las dos señoras pudiesen haber corrido.

Salazar contestó con lealtad que lo ignoraba, pues el espía José no había vuelto á presentársele, y le había sido imposible dar con él por más que le hizo buscar por sus más adictos agentes.

El desarrollo que tomaron los planes ideados por los gobernadores para hacerse dueños únicos de la situación, preocupó y ocupó á Salazar lo bastante para hacerle olvidarse de cuanto á D.^a Beatriz se refería, y los Alva y D. Diego de Saavedra aprovecharon la circunstancia para consagrarse con mayor libertad á la prosecución de sus pesquisas.

Dejémosles en ellas y volvamos nosotros á D. Alvaro. Amante como nunca, se apresuró á tener una entrevista con D.^a Leonor, ya por demás inquieta con su prolongada ausencia.

No tenemos por qué ocuparnos de semejante entrevista, desde el instante en que conocemos la nueva fase en que iban á entrar aquellas relaciones, merced al cambio operado en D. Pedro de Togores por la enérgica repulsa de D.^a Ana.

Este cambio lo ignoraba D. Alvaro, pues sin detenerse á esperar su visita, D.^a Leonor había partido para la casa de D.^a Ana, por instigación de su propio padre.

No fué pequeño el asombro de éste cuando se enteró del resultado de la entrevista de su hija con la esquiva dama.

Más y más ciego cada vez, no temió jugar en la apuesta en que había envuelto á D.^a Ana, la felicidad y ventura de su hija, y le indicó que cuando D. Alvaro acudiese á la nocturna cita de costumbre, le enterase de lo que pasaba y le hiciese entrar en la casa.

Así lo cumplió la joven que, presa de su entusiasta dicha, no podía pensar ni medir las consecuencias que pudieran traerle tan imprevistas facilidades.

La sorpresa de D. Alvaro no fué menos ciertamente que lo habían sido las de los demás.

¿Qué podía haber movido á D.^a Ana á proteger de un modo tan eficaz sus amores con D.^a Leonor?

¿A qué precio D. Pedro de Togores había consentido en declinar su oposición á aquel enlace?

La verdad es que una y otra cuestión, que no acertaba á resolver, se apoderaron de modo tal de su ánimo, que D. Alvaro no pudo ni estimar ni recrearse en aquella inesperada ventura que se le entraba por las puertas.

Lejos de apreciarla en todo su valor, sintió con ella una extraña perturbación que hería su vanidad.

Hubiera querido retirarse de la casa de D. Pedro y encontrarse cómodamente á solas consigo mismo.

Le molestaba la presencia de D. Pedro y temía se saliese de la sala dejándole con D.^a Leonor, pues comprendía que nada había de ocurrírsele que decirle.

La joven creíase demasiado feliz para que pudiera sospechar lo que pasando estaba en el ánimo de su amado.

Notó, si, su preocupación, pero la atribuyó á la mortificación que naturalmente había de causarle la presencia de D. Pedro, ante el cual no gozaba de libertad bastante para entregarse á los transportes de su dicha.

Hubo un momento en que la conversación llegó á hacerse casi imposible.

Nadie acertaba á decir una frase por vanal que fuese.

D.^a Leonor saboreaba con amoroso deleite su felicidad.

D. Pedro de Togores pensaba despedido en el desdén y repulsa de D.^a Ana, y temía que el sacrificio de haber consentido á D. Alvaro la entrada en su casa, no diera otro resultado que el de obligarle á aceptar como esposo de su hija á un hombre á quien odiaba sólo porque D.^a Ana le había amado.

D. Alvaro pensaba en que la viuda de Pacheco le había humillado, interponiendo su influencia con D. Pedro, demostrándole con ello que ni aun al haber recobrado su libertad había vuelto á acordarse de un amante, de tan poco valor, sin duda, que no tenía inconveniente en cedérselo á la que él se imaginó un día que D.^a Ana consideraba como una rival.

Queriendo á todo riesgo salir de aquella situación, don Alvaro pidió permiso para retirarse, permiso que don Pedro le otorgó tan gustoso como D.^a Leonor contrariada.

Para dirigirse á su casa D. Alvaro tenía por necesidad que pasar por delante de la reja de la habitación de doña Leonor.

Allí le aguardaba la joven que con voz afectuosa le llamó, obligándole, á su pesar, á detenerse á oírla.

—¿Qué es, D.^a Leonor, lo que aun tenéis que decirme?—preguntó D. Alvaro con cierto mal humor.

—¡Ingrato!—contestó la jóven;—¿creéis que con haber dicho delante de mi padre que os amo, y gustosa os acepto por esposo, he dado satisfacción bastante á mi cariño? No, D. Alvaro, por muy grato que haya sido para mí el haber hecho esta pública profesión, nunca puede serlo tanto como el deciroslo á vos sólo, á vos que sois el único á quien con mi pasión deseo agradar y hacer dichoso. Porque lo sois, ¿no es verdad que lo sois?

—¿Podéis dudarle, D.^a Leonor, para que yo necesite repetiroslo?

—¿No, no lo dudo, D. Alvaro; ¡pero me agrada tanto oíroslo repetir! Por otra parte no sé qué he notado en vos que, aun sin querer, me ha entristecido, y si no lo habéis echado de ver es porque en el campo de mi felicidad son tantas las flores que con exuberancia ha hecho nacer el cambio operado en el ánimo de mi padre, que si en alguna de ellas hay espinas sus puntas se pierden, incapaces de herir, entre la inmensa cantidad de variadas y pintadas hojas.

—Decid más bien, D.^a Leonor, que esas espinas no existen. ¿Qué puede, en efecto, justificar vuestra sospecha?

—Nada, y sin embargo, no sé qué vago presentimiento me anuncia una desgracia, en la cual no quiero ni creer ni pensar.

—Hacéis bien, D.^a Leonor, porque eso que decís que en mí habéis notado se explica de un modo muy natural. Algo tengo, es verdad que me preocupa y quiero deciroslo, por si vos pudierais explicármelo.

—¿Con que al fin convenís en que tengo razón? Haced, pues, la consulta, que yo os prometo poner en contestarla toda mi buena intención.

—¿Qué puede haber pesado en el ánimo de vuestro padre tanto como era necesario para inclinarle de tan súbito modo en mi favor?

—¿Os parece poco la protección de D.^a Ana de Pacheco?

—¿Pero acaso vos creéis en esa protección?

—¿Por qué dudarle si estamos viendo sus efectos?

—Tenéis razón y no obstante...

—Continuad.

—No creo que esa protección sea sincera.

—No adivino por qué.

—¿No me dijisteis cien veces que D.^a Ana sentía hacia mí un desmedido aborrecimiento? No añadisteis que para hacer más eficaz en malos resultados para mí ese aborrecimiento, había hecho á vuestro padre abrigar celos de mí?

—Es verdad y aun á mi misma me hizo más de una vez caer en ese error. Pero hoy, os lo aseguro, D. Alvaro, tengo la evidencia de que le sois enteramente indiferente, y para nuestro bien y felicidad casi tengo la conciencia de que si necesitase amar á alguno amaría más de su grado á mi padre que á vos. No trato de lastimaros con semejante parangón; pero, pues vos me amáis, no os dolerá saber que, sea como fuere, D.^a Ana no opondrá ya su temible influencia en contra de la realización de nuestros ideales.

Con su anterior discurso, D.^a Leonor no había conseguido más que profundizar y hacer mayormente dolorosa la herida que en su vanidad llevaba abierta su amante D. Alvaro de Silva.

Capítulo VI

Después de la entrevista

DOÑA Leonor cumplió la palabra que tenía empeñada con D.^a Ana; y D. Alvaro se presentó en la casa de la hermosa viuda de Pacheco y postrado á sus plantas demandó y obtuvo su perdón.

Aquella entrevista, imprudentemente provocada por la joven, había de producir necesariamente fatales consecuencias.

Por de pronto D.^a Leonor había sentido en su corazón algo como una punzada de vanidad herida.

D.^a Ana había recibido á sus visitantes severamente vestida de negro y ninguna mujer, tan hermosa como ella lo era, deja de estar regiamente deslumbrante cuando viste un traje negro.

Envuelta en sus negras tocas, el admirable busto de aquella dama parecía haber centuplicado su mágica belleza: hubiérasela podido creer el hada de la felicidad surgiendo de entre las sombras de la desgracia para ven-

cerlas y disparlas con la luz maravillosa de sus ojos vivos, animados, expresivos.

D.^a Leonor se admiró de tanta y tan mágica belleza, y á pesar de que vestía de gran ceremonia sus mejores y más elegidas galas, comprendió que era imposible sostener la competencia con D.^a Ana.

Así pues, ella misma fué quien puso término á la peligrosa entrevista, una vez obtenido el perdón de don Alvaro.

Nada sino es la herida de su vanidad tuvo no obstante que sentir la joven.

D.^a Ana había recibido á D. Alvaro con una desdeñosa benevolencia, más propia para herirle que para cautivarle.

D. Alvaro se había visto obligado á deponer el aire un tanto orgulloso con que se presentó en un principio, y su frente se inclinó hacia el suelo una vez que como fríos é indiferentes dardos cayeron sobre ella las miradas de la viuda.

¿Qué fué lo que á su vez experimentó D.^a Ana en aquella entrevista?

No lo sabemos ó no podemos aún decirlo.

Pero sí aseguramos que cuando D. Alvaro, ya en la puerta de salida, se volvió para hacerle una última reverencia, notó que la viuda apoyada ambas manos sobre su corazón y sonreía con marcado deleite, como absorbida en la contemplación de alguna imagen ó memoria feliz.

Nadie como D. Pedro Roca de Togores esperaba con mayor impaciencia la vuelta de su hija y el término de la entrevista.

Sus preguntas se sucedieron sin más interrupción que la indispensable para dar lugar á las respuestas.

Al fin hubo de convencerse de que D.^a Ana no guardaba amor alguno á D. Alvaro.

Tal fué el empeño que D.^a Leonor y D. Alvaro pusieron, la primera en no querer sospecharlo y el segundo en no darlo á sospechar.

Esta evidencia hubiese contentado á cualquier padre digno de serlo y capaz de saber cumplir con su deber, pero D. Pedro estaba cegado por su pasión amorosa, y lejos de pensar en su hija, pensó tan sólo en que, á juzgar por aquella prueba, si D.^a Ana no correspondía á su amor era no por que amase á D. Alvaro, sino porque sin duda le juzgaba á él indigno de ser amado.

Cuando un hombre es desdeñado ó visto con indiferencia por una mujer porque esta mujer ama á otro, el orgullo y la dignidad del desdeñado, bien que ambos mal entendidos, se sublevan y exaltan y hacen nacer un impulso de emulación, que más de una vez triunfa por la constancia en la adoración, y aun en el caso en que el triunfo no se logre, el amante encuentra cierto consuelo en aborrecer á su afortunado rival.

Pero cuando esto no sucede, cuando el mísero amador se convence de que sólo su carencia de méritos y cualidades motiva el desdén de una mujer, la ira y el despecho obran en él pérfidamente, y si carece de la prudencia necesaria para conservarse en los límites de los cuales no debe pasar nunca un caballero, se convierte en un demente tanto más perjudicial y canalla cuanto más indefensa ve á la mujer objeto de su encono.

Cuando el despechado es joven, sus venganzas suelen no hacerse pesadas en resultados, ya porque en su corazón joven hay mucha nobleza, ya porque en su edad los descalabros se reparan fácilmente con nuevas victorias de amor.

Pero si el despechado ha perdido de vista esa edad en que los descalabros en batallas de amor no perjudican la fama del combatiente, su encono no reconoce límites, porque le agujonea el dardo del ridículo.

D. Pedro de Togores sintió cual ningún otro hombre en su caso el dolor que tal dardo habría de originarle.

Y como si en ello tuviese D. Alvaro alguna culpa, sus miradas cayeron irritadas sobre él.

Si las miradas tuviesen el fantástico poder que á cada paso se les atribuye, D. Pedro hubiese pulverizado á don Alvaro con las suyas.

—¿Qué clase de jóvenes son estos?—se dijo á sí mismo; —¿tan mal entienden las lides del amor que la heridas que en ellas causan cicatrizan como por ensalmo? ¡Vive Dios que las que yo en mis tiempos abría, ó mataban á mis víctimas ó no les permitían recobrar jamás la salud! ¿Y de un hombre tal se ha prendado mi hija? ¿Y yo he de consentirlo? ¡Sólo para él habrá de ser útil mi rompimiento con D.^a Ana? ¿Daré á ésta la satisfacción de haberla yo mismo librado de su imbécil seductor? No, mil veces. Si antes D. Alvaro me era odioso porque se juzgaba mi rival, hoy me es mil veces más aborrecible, porque él y sólo él me ha convencido de que D.^a Ana me desprecia. Preciso es que esto concluya; que se sepa que mi consentimiento ha sido una farsa que ni puedo ni quiero prolongar. En cuanto á D.^a Ana nada hay que esperar de grado y cuanto logre habrá de debérselo á la violencia. Tanto peor para ella, porque no retrocederé.

Las circunstancias se prestaban ciertamente para el mejor éxito de la necia venganza de D. Pedro.

Triunfantes Peralmíndez y Gonzalo de Salazar, su soberanía no reconocía límites, ni obstáculos ni barrera su sed de mando y riqueza.

Los bienes de Cortés, de Gonzalo, de Sandoval y de los demás capitanes de la expedición fatal de las Hibueras fueron almonedados y rematados á vil precio, y sus repartimientos y encomiendas donados á los secuaces de los gobernadores.

En vano protestó contra tales atropellos el desventurado Rodrigo de Paz y en vano también puso en pié de guerra á sus amigos y acreció su partido con todos los perjudicados por Salazar.

En cuanto éste desplegó sus cohortes de bandidos y criminales, las huestes contrarias se desbandaron y el recinto de San Francisco y las casas de Cortés fueron estrechas para asilar á los que á uno ú otras se acogieron.

Arrostrando las amenazas de los frailes y la justa cólera de Fray Martín de Valencia, Salazar se introdujo en el convento y extrajo de él el oro que allí tenía Cortés depositado.

Pero como nada de esto satisfacía su atroz codicia, excitada de antiguo por la falsa especie de que el conquistador tenía en su poder y en secretos parajes oculto, el tesoro de los reyes aztecas, no habiendo podido dar con él, se apoderaron con violencia y dolo de Rodrigo de Paz, y faltando á la fe jurada, aplicaron terrible tormento para obligarle á descubrir el soñado tesoro.

El tormento fué el más usual en aquellos días.

Después de amarrarle al terrible y macizo potro, desnudáronle los piés y se los expusieron, habiéndoseles ungido con grasas, á la acción espantosa atormentadora del fuego lento.

Comenzó por estallar la piel y abrirse en horribles grietas, que vertían sangre hasta apagar las brasas sobre las cuales caía.

Poco después las carnes empezaban á humear, y á tostarse, y á desprenderse en fragmentos que al caer chisporroteaban de un modo que erizaba los cabellos y... después se convertían en una nueva brasa más.

Por fin, los huesos descarnados mostraban su blancura y caía á su vez en el brasero, desligados de sus tendones y separados de sus falanjes.

De vez en cuando se le hacían al reo infeliz las preguntas conducentes á los aviesos fines de los sanguinarios jueces.

Dicen los historiadores que en dicho tormento, Rodrigo de Paz perdió ambos piés, habiéndoselo consumido el fuego hasta los tobillos.

Añaden (1), que por no dejarlo estropeado, ó por mejor decir, porque no quedara aquel monumento de su pérfida crueldad, con pretexto de que alborotaba el pueblo, lo condenaron á la horca. Entregado ya Rodrigo de Paz al verdugo, Salazar, como si se compadeciera de su desgracia, le volvió á prometer la vida si descubría el lugar en que estaban soterrados los tesoros de Cortés; pero el le respondió que le había entregado cuanto tenía de aquél: que de su inícuca sentencia apelaba otra vez al emperador, y volviéndose á los circunstantes les habló en estos términos:

—«Señores, decid á Cortés que me perdone el haber dicho entre los tormentos que se había llevado toda su hacienda, lo que no es verdad.»

La inícuca sentencia luego fué ejecutada con sentimiento de toda la ciudad. Después los gobernadores, para no

(1) El P. Gavo.

omitir diligencia en las pesquisas de estos tesoros, talaron los cimientos del palacio de Cortés, y Salazar que quería conciliarse la amistad de Albornoz, puso preso á Pedro de Paz su enemigo; pero éste se escapó de la cárcel al retraimiento de San Francisco.

Muerto Rodrigo de Paz, creyeron Salazar y Chirinos que ninguno de los vecinos de México era capaz de disputarles el puesto que habían usurpado; no obstante, para todo lance, se ganaron amigos, éstos eran sus más semejantes, porque los hombres de bien detestaban su perfidia.

De aquella suerte de gente les pareció hacer caudal, creyendo que sacarían por ellos la cara, caso que la fortuna se mudara, sin acordarse de lo mismo que ellos habían hecho con Paz.

En efecto, á éstos dieron los repartimientos que Cortés había distribuido entre sus soldados.

En esto entendían cuando advirtiéndolo que se hallaban fuera de México Francisco de las Casas, Gil González y Diego Huriado de Mendoza, capitanes de nombradía, temieron que, siendo éstos amigos de Cortés, juntarian gente y vendrían sobre ellos; así, que para prevenirlo, los hicieron prender y con el pretexto de la muerte de Olid, los condenaron á la pena capital.

No les hubiera valido la apelación al emperador, de que entonces no se hacía caso, si los vecinos de México unidos no hubieran mediado.

Pero Salazar y Chirinos se libraron de ellos enviándolos presos á Veracruz y de allí haciéndolos embarcar para Castilla en compañía de Juan de la Peña, su criado, á quien dió Salazar doce mil pesos en oro, con muchas joyas y ricos presentes para sus amigos.

Hasta aquí el historiador á quien hemos citado.

Capítulo VII

El encuentro

No pasó mucho tiempo sin que D.^a Ana comenzase á sentir los efectos de la venganza de D. Pedro de Togores.

Cuando más distante estaba de pensar en él, cuando más segura se encontraba de hallarse en el camino que habia de conducirla á su regeneración, pues á su femenil perspicacia no se pudo escapar el efecto causado en don Alvaro por su benevolente desdén, D. Pedro solicitó permiso de la viuda para hacerle una revelación de la más alta importancia.

No en vano se excita jamás la curiosidad de una mujer; D.^a Ana, que no era una excepción de la regla general, accedió á la solicitud de D. Pedro.

Pero aparte de su curiosidad, á otros móviles obedeció al otorgar dicho permiso.

Un vago presentimiento de una próxima desgracia la traía á su pesar preocupada y pensativa.

¿A qué podría referirse su presentimiento?

No podría explicárselo, pero el presentimiento persistió en atormentarla.

¿Iba D. Pedro á sacarla de su duda?

No se hizo esperar mucho tiempo el padre de doña Leonor.

D.^a Ana lo recibió con exquisita amabilidad.

Tal parecía que hubiese olvidado las imprudentes amenazas y poco delicadas frases de su enamorado contrario.

—Señora,—le dijo éste,—si olvidando los malos tratos que de vos he recibido, y faltando á vuestras órdenes de no volver á presentarme en vuestra casa, he solicitado de vos una nueva entrevista, no es mi interés, creedlo, lo que aquí me trae, sino el vuestro, exclusivamente el vuestro.

—Os lo agradezco si así es,—contestó afablemente doña Ana, — y á mi vez os afirmo, que si es el antiguo amigo de mi esposo y mío quien de nuevo tengo frente á mí, no seré yo la que niegue que le recibo con el mismo placer de siempre. No soy impecable como con sobrada crueldad, más de una vez me lo habéis recordado, y perdono sin violencia las culpas ajenas. Si una pasión que yo no he alimentado ni en lo más mínimo, os hizo ser injusto y cruel conmigo, vos como nadie comprenderéis cuanto ha habido de odioso en vuestro extravío; y el reposo que á vuestra edad compete, os habrá hecho condenar vuestra propia falta, y no os traerá de nuevo ante mí, así al menos lo creo, para ofenderme y herirme una vez más.

—D.^a Ana, sois encantadora y vuestra grandeza de alma tiene en vuestros encantos sólo y único rival. Unas cuantas palabras han bastado para infundirme el valor de que para presentarme ante vos carecía. A mi vez también os lo agradezco y quedo reconocido.

—Decidme, pues, el motivo de esta entrevista.

—Voy á obedeceros, pero repetiros debo que en el asunto que aquí me trae, no es mi interés sino el vuestro el que me mueve á molestaros.

—¿Seriais capaz de haberos hecho portador de alguna fatal nueva para mí? —preguntó D.^a Ana sonriendo graciosamente.

—¿Prefeririais que no hubiese venido?

—¿Luego se trata de una nueva fatal?

—Sí, D.^a Ana.

—Pues no os tardéis en dármela y, yo lo espero, vos me ayudaréis á conjurar sus efectos.

—No es otra mi intención, ni otro el motivo que me impele á ser yo mismo el mensajero.

—Espero que vuestro proceder hará honor á vuestras palabras.

—Y esperáis bien, D.^a Ana.

—Hablad pues,

—Os obedezco. No ignoráis cuán graves y trascendentales trastornos ha traído para los vecinos de México y para el reino todo, la fatal desgracia acontecida á D. Hernando de Cortés y sus invictos capitanes.

—No lo ignoro; continuad.

—Tampoco ignoráis cuanto han sabido aprovecharse de tales desgracias los sórdidos avarientos que en la ciudad pululan. Las familias de los héroes que con el conquistador han perecido, padecen la ruina y la miseria en que dichos famélicos aventureros las han sumido. Vos, merced á la intervención que hasta hoy había yo tenido en vuestros asuntos, como apoderado de vuestro esposo, nada habiais tenido que sufrir ni que temer.

—Así es, y creedlo, siempre os guardaré por ello gra-

titud. Vuestra amistad, por cierto indigna de vos, con los gobernadores, fué siempre mi protectora égida.

—Pero al presente las circunstancias son por cierto bien distintas.

—¿Qué queréis decirme?

—Que por una parte el fallecimiento de Alonso de Pacheco, y por otra el rompimiento entre nosotros ocurrido, me obligan á devolveros un poder que ya ha fenecido, y á suplicaros os sirváis no ponerme en el caso de negarme á aceptar el que pudieráis otorgarme vos misma, si por acaso tales fuesen vuestras intenciones.

—Os agradezco, D. Pedro, la franqueza del aviso, y confío en que cumpliendo vuestra palabra, me indicaréis á qué persona debo yo confiar un encargo al parecer tan pesado para vos.

—Mal me juzgáis,—observó D. Pedro con fingida sinceridad,—no es lo pesado del encargo lo que me mueve á haceros esta declaración; no pienso ni he pensado jamás en los peligros que haya podido originarme la administración de vuestros crecidos y numerosos bienes, pues serviros ha sido siempre mi único deseo, mi sólo pensamiento. Si doy el paso que me veis dar, hágolo sólo, y hasta la saciedad lo he repetido, únicamente en vuestro propio interés.

—No veo cuál pueda resultarme de encontrarme privada de vuestros servicios tan eficaces como desinteresados.

—Agradezco la calificación que de ellos hacéis, y voy á probaros mi sinceridad, que al parecer desconocéis.

—Sólo ansío convencerme de mi error; pues me dolería en el alma no poder apartar de mí la idea que me viene de que buscáis una cruel é injustificable venganza.

—¡Venganza! ¿contra quién?

—Contra mí, D. Pedro, contra mí.

—¿Qué es, pues, lo que teméis?

—Nada temo, —contestó D.^a Ana con suprema dignidad,—esa palabra no ha salido de mis labios; demasiado me conocéis para poder suponer que yo abrigue temores de ninguna especie.

—Perdonadme, —observó desconcertado D. Pedro,—si vos nada teméis, tampoco yo pretendo atemorizaros. Emplé mal una palabra; esto es todo, y espero me disculpéis. Si por acaso algún temor abrigaseis, á tanto equivaldría como á confesar que alguna culpa habríais cometido respecto á mí, y desde el instante en que he podido convencerme, de que si mi adoración no obtiene vuestra suspirada correspondencia, no es porque améis á D. Alvaro, ningún motivo tengo para quejarme de un desengaño, que en último recurso es sin duda tan sólo mi falta de méritos para lograr tan grande bien.

—Con profunda pena veo que sin intención, al parecer, volvéis, D. Pedro, á vuestro antiguo tema.

—No os falta razón; vuelto por obra vuestra á la descarnada realidad, mi demencia incorregible acude á mi cerebro haciéndome soñar en imposibles y fantásticas dichas. Perdonadme una y mil veces; conservo demasiado fuego juvenil en mi vieja sangre, para poder seguir la línea de conducta de los jóvenes de hoy, que son, cual los vemos, capaces de olvidar el bien de que gozaron un día quizás no lejano.

D.^a Ana comprendió la ruda y marcada alusión de don Pedro, y sin perder su reposo le dijo con aquella sonrisa de supremacía que era una de sus menores armas de combate:

—No olvidéis, D. Pedro de Togores, que mal que pese á vuestras amenazas, no estáis aquí porque yo os haya llamado, sino por bondad mía en haber escuchado vuestra solicitud para verme.

D. Pedro se mordió los labios.

—D.^a Ana, sois conmigo sobradamente cruel. Que mis faltas hacia vos han sido muchas, no lo niego; que en esas faltas haya intervenido nunca mi voluntad para cometerlas, eso si lo negaré toda la vida. Podrá pareceros odiosa ó ridícula mi pasión, pero creedlo, ha nacido y brotado del santuario de un corazón capaz aún, por su desgracia, de amar con violencia ilimitada. ¿Tengo yo de ello la culpa? Creo que no. Cuando miro hacia atrás veo claro y distinto el largo camino que llevo recorrido en la vida. Lejos queda mi juventud, y sin embargo los goces que en ella no obtuve me enajenan y seducen. Mi inclinación y la gloria militar de mi patria me llevaron, desde los palacios de mi noble familia, al frágil é inseguro albergue del soldado en campaña. Mi alma y mi corazón se endurecieron más de lo que á mi felicidad habría convenido, y en una de tantas vueltas al hogar de mis padres, acepté el matrimonio que ellos habían combinado sin contar conmigo para nada, y después de unos días de ficticia dicha, partí de nuevo á la campaña y fui durante muchos años prisionero de franceses. Cuando recobré mi libertad, hallé en mi casa solariega de Madrid, huecos que mis padres y mi esposa habían al morir dejado y una niña, casi una joven, que me dijeron ser hija mía. Ningún motivo había para que ni ella ni yo dejásemos de querernos como tales padre é hija. Ella sólo conocía de mí una pintura que me representaba casi niño, y por consiguiente bien distinto de como era en realidad; al

conocerme de un modo personal, yo ignoraba en un todo los goces y cuidados de la paternidad. Fuimos, pues, casi extraños el uno para el otro. El tiempo introdujo bien pequeñas modificaciones en nuestro modo de ser respectivo. Creí que pasaría como hasta entonces el resto de mis días sin saber lo que fuese el amor, y así sucedió durante varios años; pero en uno de ellos tuve la fortuna de conoceros, y la luz se hizo en la carcomida lámpara de mi existencia. Mi único delito es, pues, el contar los años que cuento; ¿tengo yo la culpa de que la nieve que blanquea mi cabeza no haya también helado mi corazón?

D.^a Ana, al concluir de hablar D. Pedro, retrataba en su semblante un compasivo interés tan dulce y marcado, que á las claras demostraba cuánto y cuán profundamente se había conmovido.

—Os comprendo bien,—dijo,—y no es para mí desconocida esa imperiosa sed de amor que á pesar vuestro os devora. Yo también la sentí y ella constituye mi única falta. ¿Pero acaso puede exigírsele á mi leal y no limitada compasión hácia vos un sacrificio que no me juzgo obligada á hacer? Sed justo conmigo, ¿tengo yo la culpa de lo que os sucede? ¿Cuándo ni por qué medios he alimentado esa pasión fatal para vos, fatal tal vez para mí, más ó menos tarde?

La lógica de las observaciones hechas por D.^a Ana, no pudo por menos de convencer á D. Pedro de la sinrazón que le inspiraba el negro plan que le había llevado á casa de la viuda de Pacheco, é iba á descubrirse y á pedirle perdón y á indicarle el modo de conjurar sus consecuencias, cuando una de las mujeres de servicio de D.^a Ana, se presentó en la puerta de la sala, y anunció que don

Alvaro de Silva solicitaba con la mayor urgencia ser recibido por la señora.

D. Pedro se levantó como impulsado por un resorte, y clavando en D.^a Ana una mirada de demente rencor:

—¡Me retiro, señora,—dijo,— ignoraba que tuvieseis esta cita!

Capítulo VIII

Nuevos incidentes

Al salir del elegante saloncito que ya conocemos, D. Pedro de Togores encontró en la cámara inmediata á D. Alvaro de Silva, que aguardaba á ser recibido por D.^a Ana.

D. Pedro, en el paroxismo de la cólera y de los celos, habíase arrojado espada en mano sobre el joven; quien por su parte hacía gala de una no menos fiera y resuelta actitud; pero al sentir que la puerta del salón se abría á sus espaldas y adivinando, pues no la veía, que D.^a Ana estaba en su dintel, apresuró el paso y salió al fin sin dirigir el menor saludo á D. Alvaro.

En efecto, D.^a Ana, presa de una emoción que sin duda no había podido dominar, acababa de abrir la puerta y presentóse en ella.

Coloreaba sus mejillas un vivo tinte rosa subido, casi carmín, signo de su agitación.

Su cuello y el nacimiento de su espléndido seno que descubría en parte el cuadrado escote de su vestido ne-

gro, movíanse con violencia alzándose y deprimiéndose incensantemente.

Sin duda su corazón, multiplicando la actividad de la circulación, golpeaba con fuerza el pecho de la dama.

D. Alvaro, que no estaba á la verdad menos conmovido que su antigua amante, se apresuró á ocultarlo rompiendo la conversación con estas palabras:

—Perdonadme, D.^a Ana, si me atrevo á solicitar ser recibido en una casa en la cual soy indigno de entrar. Pero la voz de la conciencia, despertada por vuestro generoso proceder para conmigo, me exige que, ya que no me sea dado reparar ante el mundo los daños que os he causado, al menos no tengáis la satisfacción de sustituir el justo desdén con que me veis con el consuelo de verme completamente regenerado en lo que á vos respecta.

—Hablad, D. Alvaro, y disculpadme si no puedo ocultar la satisfacción que me causa el oiros expresaros así. Os amé, como pocos ignoran, seducida por un sentimiento para mí hasta entonces desconocido, no por inclinación al mal, que nunca cupo en mi corazón, y por fortuna desconozco. Si á ello me refiero es porque desgraciadamente vos habéis sido quien publicó mi deshonor comprometiéndome para con mi esposo y no dándome lugar á la defensa. Decís que aquí os trae el deseo de regeneraros ante mí, y yo acepto esa prueba, que sin duda habrá de convencerme de que al menos no me rebajé hasta igualarme con un espíritu inferior al mío. Y si como creo el paso que dais lo debo á la inspiración de D.^a Leonor, yo os juro que aun á costa de mi sacrificio personal, apartaré de vuestra cabeza el odio que acabáis de atraeros; porque, debo deciroslo, vuestra presencia en esta casa ha exaltado de tal modo á D. Pedro de Togo-

res, que si yo no obro en este caso como estoy dispuesta á obrar, vuestro matrimonio con D.^a Leonor será de hoy más imposible.

—Lo sé, D.^a Ana, y el sacrificio á que hacéis referencia resultaría inútil, aun siendo posible.

—No os comprendo, D. Alvaro.

—Doña Ana: mi matrimonio con D.^a Leonor no necesitará para no verificarse de la oposición de D. Diego.

—¡Explicaos, por Dios! explicaos!—repitió D.^a Ana próxima á sucumbir á su emoción.

Así lo notó D. Alvaro, y cediendo de nuevo y como en sus primeros días de amor al mágico y supremo encanto de D.^a Ana, se arrojó sollozando á sus piés y tomándole una mano que besó con demente transporte, exclamó:

—Gracias, D.^a Ana, me amáis aún, aunque soy indigno de vos!

La dama no pudo contenerse por más tiempo y sus hermosos ojos vertieron un llanto tan abundante como reparador.

D. Alvaro continuó diciendo:

—¡Sí, hermosa D.^a Ana, me amáis, yo lo conozco, y hacéis bien, porque yo á mi vez me convenzo al fin de que os adoro con todo mi sér!

—¡Gracias, Dios mío!—prorumpió sollozando D.^a Ana, —¡gracias, Dios mío! aún era posible mi regeneración.

—¡Oh! sí, D.^a Ana!—repuso el joven;—este solemne instante de nuestra existencia nos regenera á entrambos ante Dios. El, el Supremo Hacedor de todas las cosas, completará la obra de su misericordia poniendo coto á las murmuraciones que nuestra conducta pueda suscitar entre las gentes. Y si no hemos de volver á encontrarnos en el camino de la vida...

D.^a Ana volvió en sí como quien despierta de un sueño alhagador en los brazos de la descarnada realidad y con cruel angustia interrumpió al joven, diciéndole:

—¡Que no nos volveremos á ver!... ¡eso, eso habéis dicho, D. Alvaro! ¡Oh! ¡explicaos! ¡decidme cómo debo entenderos! ¡Acaso sólo habéis venido á inferirme una nueva ofensa?

—¡Jamás, D.^a Ana, jamás repitáis palabras semejantes!

—¡Hablad, D. Alvaro, hablad por compasión!

—Oídme, pues, y preparaos á resistir el golpe que os amenaza y cuyos efectos ojalá me sea dable conjurar á mi vez aun á costa de mi vida.

—¡Pensad que os escucho con la mayor ansiedad!

D. Alvaro obedeció empleando en su respuesta frases breves y cortadas que con toda fidelidad vamos á reproducir.

—No debo ocultaros, D.^a Ana, que experimenté una dolorosa sensación en el alma al enterarme de que, merced á vuestra influencia sobre el Sr. de Togores, éste no continuaría oponiéndose á mi matrimonio con su hija.

Dos pensamientos acuden á mi mente.

Estos dos pensamientos fueron que ó por mí os sacrificabais en un exceso de generosa benevolencia, ó que á tal grado había yo merecido vuestro rencor que me despreciabais y os era indiferente mi completo alejamiento de vos.

Una y otra idea dieron un resultado que yo mismo, perdonadme, no esperaba.

Vinieron á mi memoria los felices días que no supe ó pude apreciar en todo su valor.

Os recordé presa de suprema dicha y embellecida con los transportes de vuestra desinteresada pasión.

Comprendí que cualquiera que fuese el móvil de vuestra conducta debía estimarla como una merced más que me dispensabais, y sin saber cómo, D.^a Ana, volví á amaros, ó por mejor decir, senti que os amaba como nunca os habia amado.

Disculpádmeme si tan tarde he venido á reconocer la extensión de vuestros méritos.

El entusiasmo con que hoy los aprecio en todo su valer desvanece los cargos que pudieran hacerseme.

Pero nunca creí que se me presentase la ocasión de haceros esta confidencia.

Vuestro consentimiento para mi boda con D.^a Leonor, la frialdad extrema con que me recibisteis cuando ante vos me presenté á daros las gracias, no me dejaron duda alguna de que vuestros deseos eran los de no volverme á ver.

Pero mi amor hacia vos habia renacido y brotado en el fondo de mi corazón y rebosaba de sus bordes sin que yo pudiese ni siquiera impedirlo.

Desde luego comprendí que habia estado en un error y que no amaba á la hija de D. Pedro.

Perdonadme esta nueva inconsecuencia que de por sí sola se me impuso.

D.^a Leonor no pudo por menos de notar mi extrema frialdad y mi moral alejamiento.

De carácter altivo y brusco como el de su padre, se juzgó ofendida por mí y con impropia franqueza así me lo manifestó, dejando sobreponerse su orgullo á su amor.

Yo no acerté á disculparme, y ella, con su fino instinto femenino, sospechó lo que por mí pasaba.

Salió de sus labios un calificativo duro para vos, y,

perdonadme si cometí una imprudencia, os defendí como si fueseis mía.

Concluyó nuestra tempestuosa cita interviniendo don Pedro que, de acuerdo con su hija, quizás después de haberla excitado contra mí, habia asistido oculto á nuestra plática.

D. Pedro me arrojó de su casa, declarándome indigno de pertenecer á su familia.

Yo salí sin intentar defenderme ni disculparme, y no por temor á D. Pedro, pues acreditado tengo mi personal valor, si no temeroso sin duda de que una explicación me privase de la libertad que él mismo me devolvió.

Mi primer impulso fué el de pasar, D.^a Ana, á vuestra casa y explicároslo todo y pedir os gracia y piedad.

Habríalo hecho si un emisario de mis amigos no me hubiese salido al paso exigiéndome acudiera inmediatamente en auxilio de ellos.

Victimas del abusivo poder de Chirinos y Salazar, la salvación de mis amigos dependía de la celeridad con que yo saliese de México á llenar una delicada misión.

Portándome en el caso como á mi honor de caballero tocaba, salí de México aquella misma noche.

Mas no pude hacerlo con tal sigilo como convenia, y descubierto por los espías de los gobernadores, al amanecer del día siguiente noté que de cerca era seguido y vigilado.

No debo entreteneros con la relación de los recursos de que me vali para hacer ineficaz el espionaje.

Basteos saber que si en un principio pude creer en mi triunfo, poco después me convencí de su ineficacia.

Cuando en vista de no serme posible salir adelante con mi empeño me disponía á morir como caballero en lucha personal con mis contrarios reunidos en gavilla, uno de mis propios enemigos salió á mi defensa y me salvó de una muerte cierta.

—¡Su nombre!—dijo D.^a Ana interrumpiendo sin poder evitarlo la relación de D. Alvaro:—su nombre para agradecerle ese servicio.

—Hernán López,—contestó D. Alvaro.

—¡El terrible amigo de Peralmindez?

—El mismo.

—Dispensad la interrupción y proseguid.

—Continúo, y servios disculpar lo extenso de mi narración, que procuro no obstante abreviar cuanto me es dable.

Hernán López me dijo que era inútil que persistiese en tratar de llenar mi misión.

Me convenció, explicándomelo con todos sus detalles, como mis amigos habían caído en manos de los gobernadores y conducidos con la suficiente escolta á Medellin para de allí embarcarlos con rumbo á España.

Y queriendo ganarme para su partido me dijo que en vez de mezclarme en peligrosas aventuras, debía mantenerme cuando menos neutral, en cuyo caso me ofrecía ayudarme á desbaratar la trama urdida por D. Pedro de Togores para perder á una dama á quien yo había amado, y que era para mí un inmejorable partido.

Esa dama, D.^a Ana, erais vos.

Fingí aceptar su ofrecimiento, y lo fingí tan bien que Hernán López me descubrió sin inconveniente todos los detalles del plan infame de D. Pedro.

—¡Ah! D. Alvaro, cuánto os agradezco lo que por mí

habéis hecho, y cuánto me tranquiliza el poder creer que cuento por completo con vuestra ayuda. ¿No es así?

—D.^a Ana, para hacéroslo dudar no me habría presentado ante vos,—contestó D. Alvaro con entusiasmo y sinceridad.